

Paul F. Knitter

SIN BUDA NO PODRÍA
SER CRISTIANO

Traducción de Martha Cecilia Vesga de Olsson,
Albert Moliner y Carla Ros

FRAGMENTA EDITORIAL

*Para Don, mi hermano ateo,
que hizo todo lo posible
por mantenerme honesto.*

Título original WITHOUT BUDDHA I COULD NOT BE
A CHRISTIAN
*First published in the United Kingdom
by Oneworld Publications*
Publicado por primera vez en el Reino Unido
por Oneworld Publications

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL, S. L.
Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 35

Primera edición FEBRERO DEL 2016

Producción editorial IGNASI MORETA
Producción gráfica INÈS CASTEL-BRANCO

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2009 PAUL F. KNITTER
por el texto

© 2016 FRAGMENTA EDITORIAL
por esta edición

Depósito legal B. 2.825-2016
ISBN 978-84-15518-27-3



Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

Con el apoyo del Departamento de Cultura

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

ÍNDICE

<i>Prefacio: ¿Todavía soy cristiano?</i>	11
No solo para mí	17
Una larga gestación	20
I NIRVANA Y EL DIOS OTRO TRASCENDENTE	25
Mis conflictos: el Otro trascendente	28
Un Otro que no necesita a ningún otro	29
Creación de la nada	30
Una calle de sentido único	32
¡El problema es el dualismo!	34
Ida: no Dios, solo conexiones	36
Dios se interpone en el camino	37
Un primer sermón breve	38
Lo que buscan los budistas	40
¿Verbo o adverbio?	42
¡Está aquí, ahora!	44
Vuelta: Dios el espíritu de conexión	45
Volvemos místicos de nuevo por primera vez	46
Guiado por mi linterna budista	48
¿Es Dios el «inter-Ser»?	51
El Espíritu de conexión	55
La creación: manifestación de la no-dualidad	56
II NIRVANA Y EL DIOS OTRO PERSONAL	61
Mis conflictos: ¿es Dios un tú?	61
Antropomorfismos	62
Un super-tú	64
Es voluntad de Dios	67
Un Padre poderoso y un mundo desordenado	69
El problema es la persona, no lo personal	72

Ida: la compasión sin un Dios de compasión	73
Las dos caras de la iluminación: sabiduría y compasión	74
El «otro poder» es auto-poder	78
El mal: realmente no es lo que parece	82
Vuelta: Dios como presencia personal	86
No una persona, sino personal	88
Fundamentado en la paz	89
Conectados por el cariño	92
Danzar juntos	95
La voluntad de Dios en proceso	97
El mal nunca tiene la última palabra	100
III NIRVANA Y EL DIOS OTRO MISTERIOSO	107
Mis conflictos: palabras que encadenan al misterio	108
Un equilibrio delicado	109
Un equilibrio roto	113
Ida: el dedo no es la luna	116
Cuidado con las palabras	118
Los dedos tienen un propósito	120
Vuelta: palabras que aprecian el misterio	125
Todas las palabras son dedos	126
No se pueden evitar los símbolos	129
Actuar más que informar	135
Los dedos son importantes (y diferentes)	136
IV NIRVANA Y CIELO	141
Mis conflictos: hablamos demasiado	142
Miedo infernal	143
¿Estamos siendo egoístas?	145
Ida: estar aquí ahora	147
Lo que sigue es el ahora	148
Renacimiento: ¡ánimo!	150
Vuelta: lo que nos espera nos sorprenderá	152
Determinar si lo «nuevo» es «verdad»	153
¡El karma puede ser infernal!	154
La esperanza sí puede ser eterna	159
Lo que encontramos no es lo que perdimos	162
La oscuridad, mi vieja amiga	167

V JESÚS EL CRISTO Y GAUTAMA EL BUDA	169
Mis conflictos: el Jesús excluyente	173
¿Hijo de Dios?	173
Dios en traje de hombre	175
El único Hijo de Dios	177
Jesús, salvador de toda la humanidad	179
Salvador único	182
Resucitado de entre los muertos	185
Ida: Buda el iluminado y el iluminador	188
Siddhartha Gautama: el buscador	189
Gautama Buda: el iluminado	192
Buda el maestro	194
¿Buda el salvador?	196
Muchos budas	198
Los tres cuerpos de Buda	200
¿Maestro o salvador?	202
Vuelta: Jesús —el camino abierto a otros caminos	204
Divinidad y despertar	204
«Salvación» = «Despertar»	208
«Salvador» = «Revelador»	212
La singularidad de Cristo y la singularidad de Buda	215
¿Exactamente qué es lo que hace único a Jesús?	220
La resurrección: el Espíritu-Cristo vivo y coleando	224
VI ORACIÓN Y MEDITACIÓN	229
Mis conflictos: ¿qué estoy haciendo cuando rezo?	231
Una conversación difícil	232
Recibir y dar	233
Diagnóstico: demasiada adoración y demasiada palabrería	235
· Dualista	236
· Locuaz	237
¿Qué ha sucedido con la contemplación y la meditación cristianas?	239
Un pozo profundo con cubos agujereados	244
Ida: el poder del silencio	245
Meditación correcta	246
Diferentes formas de practicar el silencio	249
Silencio lleno de sabiduría	251
· Meditación vipassana	251
· Zen	253
· Visualización vajrayana	255
Silencio lleno de compasión	257

· Meditación <i>metta</i>	257
· Meditación <i>tonglen</i>	259
El papel clave de la atención plena (<i>mindfulness</i>)	262
Volver: el sacramento del silencio	265
Usar un cubo budista en un pozo cristiano	267
Recibir a Cristo en la Santa Comunión del silencio	269
La ausencia de mundo revela la ausencia de fundamento	
– el Dios más allá de Dios	272
La importancia de estar plenamente atento	277
Llevar el silencio a la iglesia	279
Pedir es conectar	283
VII HACER LA PAZ Y SER PAZ	287
Mis conflictos: el Reino de Dios —¿cuándo? ¿dónde? ¿cómo?	290
¿Qué podemos esperar?	290
Acción y contemplación	297
¿Paz – justicia – violencia?	301
Ida: «¡No te limites a hacer algo! ¡Siéntate!»	307
El mundo no va hacia lugar alguno	308
La prioridad del despertar	313
Primero rendición, después actuación	317
«¡No tomamos partido!»	320
Vuelta: ¡si quieres justicia, trabaja por la paz!	323
«El Reino de Dios está entre vosotros»	324
Mañana puede ser mejor que hoy	331
Ser Cristo y construir el Reino	334
No hay justicia sin compasión	342
· No hay un mandamiento mayor	343
· El amor excluye la violencia del odio	345
· Una opción para los oprimidos no puede ser una opción contra los opresores	348
· Las estructuras sociales justas requieren corazones humanos reconciliados	352
· «La Ley de la cruz»	356
<i>Conclusión: ¿promiscuidad o hibridéz?</i>	361
<i>Nueva conclusión: Ambos, Jesús y Buda, igualmente importantes</i>	369
<i>Glosario</i>	385
<i>Fuentes y bibliografía</i>	391

PREFACIO

¿Todavía soy cristiano?

CONTRARIAMENTE A LO QUE la gran parte de su mensaje afirma, este es un libro bastante egoísta. Lo he escrito sobre todo para mí.

Durante gran parte de mi vida adulta, especialmente los últimos veinticinco años, he estado luchando con mis creencias cristianas, unas creencias que me han acompañado durante mucho tiempo. Nací en 1939 en los suburbios de Chicago, mis padres eran católicos, profundamente creyentes, muy trabajadores y de clase obrera; fui educado en la Escuela Primaria St. Joseph's por las Hermanas de San Francisco. En ningún momento dudé de que Dios estuviera en todas partes, de que Jesús fuera su Hijo y de que si comía carne el viernes o me perdía la misa del domingo, tendría graves problemas con Dios y con Jesús. Empezaba a perfilar y profundizar esas creencias cuando, a la edad de trece años y ante el desconcierto y la resistencia de mis padres, anuncié que sentía la llamada de Dios al sacerdocio. Me fui para lo que en aquel entonces se llamaba seminario menor (escuela secundaria) y pasé los siguientes catorce años de mi vida estudiando y preparándome para ser sacerdote.

Cuando me ordené en Roma en el año 1966, me asignaron la tarea, primero, del estudio de la teología, y luego, de

su enseñanza. (El estudio fue en la Universidad de Marburgo, Alemania, y la enseñanza fue en la Catholic Theological Union de Chicago.) Después de que me concedieran el permiso para abandonar el sacerdocio en el año 1975 (aquello que parecía fácil cuando tenía trece años se convirtió en un problema persistente a los treinta: el celibato) y aun después de casarme con el amor de mi vida en 1982, fui capaz de permanecer fiel al otro amor de mi vida: la teología. En lugar de enseñar a los seminaristas, lo hice a los universitarios de la Xavier University de Cincinnati durante unos treinta años.

Aunque mi trabajo era apasionante, en realidad no resolvía —al contrario, a menudo parecía aumentar— las profundas y persistentes preguntas que la vida continuaba lanzándome. Cuando digo «la vida» me refiero a la necesidad y al esfuerzo de *relacionar* lo que me habían enseñado acerca de Dios y Jesús, del cielo y el infierno con todo lo que iba afrontando, sintiendo y aprendiendo como ser humano responsable (que intento ser) e inteligente (que espero ser). Más y más veces me encontraba a mí mismo —cristiano católico de toda la vida, teólogo de profesión— preguntándome: ¿qué es lo que realmente hago, o en qué puedo creer de verdad?

¿Creo sinceramente lo que digo creer o aquello que se supone que debo creer como miembro de la comunidad cristiana? No me refiero a las enseñanzas éticas de Jesús ni al testimonio del Nuevo Testamento. La visión que nos proporciona el evangelio de una sociedad basada en la honestidad, la justicia y la compasión tiene un sentido importante y urgente. Tampoco tengo grandes problemas con las polémicas enseñanzas éticas o prácticas de mi Iglesia (la

mayoría de las cuales tienen que ver con lo que un teólogo católico ha llamado «los problemas pélvicos») sobre temas como el control de la natalidad, el divorcio, el papel de la mujer, la homosexualidad, el celibato sacerdotal, el liderazgo episcopal y la transparencia. Ciertamente se trata de asuntos preocupantes, pero, como muchos de mis hermanos católicos, me he dado cuenta de que en estos temas el «sentir» o la «voz» de los fieles tiene unas cuantas cosas que enseñar a los pastores, tal como ha sido el caso frecuentemente en la historia de nuestra Iglesia. Es cuestión de tiempo.

No, cuando digo que lucho con mis creencias, quiero decir con las cuestiones de peso: aquellas que incumben a todos los cristianos, no solo a los de mi propia comunidad católico-romana. Me refiero a los ingredientes básicos del credo, las creencias que los cristianos reunidos proclaman todos los domingos y que se supone sirven para definir lo que son en un mundo de otras muchas filosofías y religiones. Me refiero a «Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra», que como ser personal es activo en la historia y en nuestras vidas, a quien adoramos y a quien oramos en busca de ayuda y orientación. Me refiero a «su único Hijo» que «murió por nuestros pecados» y que «volverá de nuevo al final de los tiempos» y otorgará la vida eterna y la inmortalidad personal de cuerpo y alma a todos aquellos que respondan a la llamada de Dios, mientras que quienes la rechacen, serán enviados a un castigo infernal que jamás finalizará.

¿Realmente creo —o, mejor dicho, soy *capaz* de creer— lo que estas declaraciones atestiguan y expresan? Aun cuando no las tome literalmente, aun cuando recuerde que son símbolos que se han de interpretar prudentemente y con cuidado, si bien no siempre de forma literal, todavía me pregunto:

cuando retiro los estratos literales, ¿cuál es el significado interno o más profundo al que me puedo adherir? ¿En qué creo cuando manifiesto que Dios es personal (¿en realidad, tres personas!), que Jesús es el único Salvador, que por causa de su muerte todo el mundo es diferente, que resucitó físicamente de la tumba? El «qué» de mis creencias puede llegar a ser tan escurridizo que me pregunto, con total honestidad, si creo en todo eso.

Ahora bien, como teólogo me pagan por enfrentarme a tales cuestiones y tratar de responderlas. Mi trabajo, tal como Bernard Lonergan S. J. nos enseñó en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma a comienzos de la década de los sesenta, es «mediar entre la religión y la cultura». Eso significa dar razón del mundo a la luz de la fe y de la experiencia cristianas y dar razón de la fe cristiana a la luz de nuestra experiencia y nuestro conocimiento del mundo en que vivimos. Es lo que he intentado hacer todos estos años.

En general se dice que los teólogos cristianos tienen dos fuentes principales con las que llevar a cabo la tarea de mediación entre la religión y la cultura. Por el lado de la religión se basan en las Escrituras y en la tradición, es decir, en el primer testimonio escrito de las primeras comunidades cristianas y luego en la larga historia de los esfuerzos cristianos para comprender y vivir ese mensaje a través de los diferentes períodos históricos y culturales. Los cristianos en general, pero especialmente los teólogos cristianos, necesitan conocer su Biblia y su historia.

A fin de explorar los ricos campos de la cultura, los teólogos se basan en sus propias vivencias y en las de los demás bajo diferentes indicadores: la literatura, el cine, las noticias del día y sus análisis, las artes visuales, las ciencias naturales

y humanas (sobre todo la política y la economía). Estas dos fuentes generales de la teología se han denominado «el hecho cristiano» y «la vivencia humana». Durante las cuatro décadas en las que he enseñado mi oficio teológico he tratado de utilizar estas dos fuentes de la teología de la forma más cuidadosa e inteligente que he podido. Sin embargo, en los altibajos de los últimos veinte años, me he dado cuenta de que estas dos fuentes no son suficientes. Al menos, no lo han sido para mí. Por sí solas no me han preparado lo suficiente como para lidiar con las preguntas desconcertantes y desestabilizadoras que mencioné anteriormente sobre la naturaleza de Dios, el papel de Jesús, el significado de la salvación. Solo tras añadir un tercer ingrediente a mi almacén de recursos teológicos, mi trabajo se volvió más interesante, más satisfactorio y, creo, más fructífero.

Al igual que muchos de mis colegas teólogos me he dado cuenta de que tengo que mirar *más allá* de los límites tradicionales del cristianismo para encontrar algo que es de vital importancia —tal vez incluso esencial— en la tarea de comprender y vivir la fe cristiana: *las otras religiones*. Es decir, las Escrituras y las tradiciones, los textos sagrados, las enseñanzas del pasado, las comunidades vivas de otros creyentes. Fue solo después de que comenzara a explorar y a tomar en serio las otras Escrituras religiosas y las otras tradiciones cuando pude entender mejor la propia. Dicho de manera más personal: mi compromiso con otras formas de religiosidad —es decir, con lo que había estudiado, con lo que había descubierto, con lo que me había entusiasmado, con lo que me había maravillado de las otras religiones— resultó ser una ayuda inesperada e inmensa en mi trabajo de intentar entender lo que significa el mensaje de Jesús en nuestro mundo contemporáneo.

En otras palabras, siguiendo el ejemplo y las advertencias de mentores teológicos como Raimon Panikkar, Aloysius Pieris S. J., Bede Griffiths y Thomas Merton, me he convencido de que tengo que hacer mi teología —y vivir mi fe cristiana— de forma dialógica. O en la jerga teológica actual: tengo que ser religioso interreligiosamente. He tratado de practicar y entender mi vida cristiana a través del compromiso con la forma en que otras personas —judíos, musulmanes, hindúes, budistas, indios americanos— han vivido y comprendido su vida religiosa.

Aunque he encontrado fructíferas mis conversaciones con *todas* las otras tradiciones religiosas, las más profundas, agradables, difíciles y, por ello, las más gratificantes han sido con el budismo y los budistas. Mis más íntimos amigos de otra religión han sido budistas (¡estoy casado con una!). En efecto, con los años me he dado cuenta de que este diálogo con el budismo ha sido uno de los dos medios más útiles —realmente indispensable— para llevar a cabo mi tarea teológica y cristiana de intentar mediar entre mi herencia religiosa (la Biblia y la tradición) y la cultura que ha marcado mi humanidad. El otro recurso indispensable ha sido la teología de la liberación y su respuesta a la injusticia y al sufrimiento resultante que degrada a gran parte de nuestra cultura: sobre eso trata mi libro *One Earth, many religions*.

Mi conversación con el budismo me ha permitido realizar tanto lo que todo teólogo debe hacer profesionalmente como lo que todo cristiano debe hacer personalmente, es decir, comprender y vivir nuestras creencias cristianas de tal manera que estas sean consecuentes y a la vez un reto para el mundo en que vivimos. El budismo me ha permitido dar razón de mi fe cristiana, de tal manera que puedo mantener

mi integridad intelectual y sostener lo que de verdadero y bueno veo en mi cultura; y al mismo tiempo me ha ayudado a cumplir con mi responsabilidad profético-religiosa, y a cuestionar lo falso y perjudicial que veo en mi cultura.

En este momento, cuando contemplo mi vida, no puedo imaginarme siendo cristiano teólogo sin ese compromiso con el budismo. Y de ahí el título de este libro: SIN BUDA NO PODRÍA SER CRISTIANO. Aunque la locución pueda ser provocadora es sin duda verdadera.

No solo para mí

Llegados a este punto tengo que dar un paso atrás y preguntar: ¿la última palabra del título es exacta? ¿Soy todavía cristiano? Se trata de una cuestión que he escuchado no solo de los demás (sobre todo de ciertos compañeros teólogos, incluso de algunos del Vaticano), sino que ha sido una pregunta que he sentido en mi propia mente y en mi corazón. ¿Lo que he aprendido del budismo, o la forma en que he entendido e interpretado mis creencias cristianas a la luz del budismo, es coherente con la Escritura y la tradición cristianas? Podría decirlo de esta manera: ¿mi diálogo con el budismo me ha convertido en un cristiano budista o en un budista cristiano? ¿Soy un cristiano que ha comprendido su identidad más profundamente con la ayuda del budismo, o bien me he convertido en un budista que aún conserva un poso cristiano?

He querido escribir este libro para averiguarlo. A eso me refería cuando dije al principio que lo he escrito para mí. Quiero exponer tan cuidadosa y claramente como pueda la forma en que mi conversación con el budismo me ha

permitido revisar mis creencias cristianas de una manera más creativa y satisfactoria. Quiero expresar con toda la lucidez que pueda cómo mi esfuerzo por comprender y dar razón de las enseñanzas y prácticas budistas ha hecho posible que revise, reinterprete y reafirme las creencias cristianas sobre Dios (capítulos I-III), sobre la vida después de la muerte (capítulo IV), sobre Cristo como el único Hijo de Dios y Salvador (capítulo V), sobre la plegaria y la adoración (capítulo VI) y sobre los esfuerzos para llevar este mundo hacia la paz y la justicia del Reino de Dios (capítulo VII). Estos son los temas que conforman el contenido de los siete capítulos del libro. Todos los capítulos tienen una estructura común: en la primera parte expreso mis problemas cuando expongo las creencias cristianas; en la segunda describo mi esfuerzo por llevarlas al terreno del budismo; y en la tercera resumo lo que creo que puedo aprender cuando «regreso» a mi identidad y a mis creencias cristianas.

Cualquier buen psicólogo (o artista) nos diría que podemos identificar y hacer frente a lo que sentimos, «sacándolo», expresándolo tan claramente como podamos. Eso es lo que intento hacer con este libro. Sinceramente creo que soy un cristiano budista (más que un budista cristiano). Pero para saberlo, tengo que examinar con esmero lo que ello implica.

En realidad, para saberlo, debo escuchar a mis hermanos cristianos. Ellos van a tener que decirme si lo que propongo en este libro tiene sentido, si les permite enlazar (o conectar de nuevo) con su tradición e identidad cristianas. Así es como funcionan las cosas en el cristianismo; somos una comunidad denominada Iglesia. Para que una creencia o práctica determinada pueda ser definida como cristiana, se necesita alguna clase —o grado— de validación comunitaria. Lo

cual significa que las nuevas apreciaciones de un teólogo, las enseñanzas de un obispo o de un líder eclesial tienen que ser, de algún modo, acogidas por la comunidad de creyentes. Tengo la esperanza de que haya otros, muchos, colegas cristianos que acepten así lo que ofrezco en este libro. Espero que el budismo los ayude, como creo que me ha ayudado a mí, a revisar y a recuperar las creencias cristianas y los esfuerzos por comprender, mantener y vivir el evangelio de Jesús. ¡Así que después de todo, este no es un libro egoísta! Para ayudarme a mí mismo, tengo que ayudar al prójimo.

En este caso los demás son fundamentalmente mis compañeros cristianos, no mis amigos budistas. Aunque espero que los budistas puedan encontrar este libro interesante e incluso, por qué no, útil, lo escribo primordialmente para aquellos cristianos que como yo luchan, a menudo con dolor, por tratar de mantener unido lo que como cristianos creen personal e intelectualmente. Por lo tanto, la «pregunta ortodoxa» que planteo en los capítulos que siguen va dirigida a la comunidad cristiana, no a la budista. Mi principal preocupación es que los genes teológicos que estoy transmitiendo continúen siendo cristianos, que mi reinterpretación de la fe cristiana, si bien diferente, no sea *totalmente* diferente de lo que era antes. Toda buena teología es una cuestión de discontinuidad en la continuidad, de creación de algo nuevo que se fundamenta y nutre de lo antiguo. En este sentido, espero que este libro contribuya a una buena teología cristiana.

También espero que esté basado en una buena «teología budista». En las últimas décadas he estudiado el budismo tan cuidadosamente como he podido y he practicado una forma de meditación zen todos los días. Pero no soy un erudito del budismo; no conozco el pali, ni el chino, ni el tibetano. Sin

embargo, espero que tanto mi comprensión del budismo como el uso que hago de él sean precisos y se ajusten a lo que la mayoría de budistas sostienen. (Como ocurre con los cristianos, dadas las diferentes formas de budismo, es prácticamente imposible que todo el coro budista cante a una sola voz: siempre se dará una polifonía.)

Pero la ortodoxia budista no es mi preocupación principal ni la más importante. Aunque hubiese malinterpretado el budismo, si me hubiera llevado a una nueva, más profunda y comprometida comprensión del mensaje cristiano, habría estado bien, pues así es como suceden las cosas. Apuesto a que mis amigos budistas no estarían en absoluto tristes. (Probablemente lo llamarían *upaya*, una cuestión de «medio útil», o de interpretar los hechos más o menos libremente para hacerse comprender.)

Una larga gestación

Comprender el largo proceso a través del cual los siguientes capítulos tomaron forma puede ayudar al lector a armarse de paciencia y orientarlo en la lectura. En realidad, en mi trabajo como «teólogo dialógico» —en los numerosos cursos sobre budismo y sobre las religiones asiáticas en la Xavier University, a través de los proyectos y de las amistades que son el alma de la Society for Buddhist-Christian Studies, a través de mi propia práctica diaria de la meditación zen, así como mi trabajo en cuanto miembro de CRISPAZ (Cristianos por la Paz en El Salvador) y del Interreligious Peace Council— he estado escribiendo este libro durante los últimos cuarenta años. En el intento de ser un fiel discípulo de

Cristo y un incipiente discípulo de Buda en un mundo tan sacudido por el sufrimiento debido a las injusticias como atormentado por los nuevos descubrimientos de la ciencia, he estado esas cuatro décadas planteándome nuevas preguntas y siguiendo nuevas intuiciones mientras, en el proceso, tomaba notas existenciales para el libro.

También ha habido una conversación continua, si bien privada, conmigo mismo. A través de los años, no cada día pero sí con regularidad, he escrito un diario espiritual en el que he tratado de encontrar palabras para los pensamientos o las cuestiones que surgían de mis lecturas, de mis clases o del diálogo y de las luchas políticas. (Debo admitir que muchas de esas intuiciones iban tomando forma durante mis períodos de meditación, ¡cuando se suponía que no debía estar pensando!) Leí de nuevo esos diarios, guardados desde 1994, y extraje un montón de cosas que me ayudaron en la elaboración de este libro. En ocasiones, cuando una frase particularmente acertada me ha sorprendido, la he citado directamente.

Estas páginas también tomaron forma a partir de múltiples conversaciones. Tan pronto como cada capítulo se convertía en un primer borrador en mi ordenador, lo enviaba por correo electrónico a un círculo de amigos y colegas cuyos sinceros y cariñosos comentarios confirmaban, aclaraban o corregían lo que les había enviado. A la cabeza de esta lista se halla mi esposa, Cathy Cornell, que era católica cristiana cuando nos casamos hace veinticinco años, pero que ha encontrado una vía budista con la que se siente más a gusto. Debido a su «doble pertenencia», pero sobre todo porque sabe mejor que nadie lo que realmente creo y practico, ha sido mi compañera de diálogo más útil y agradable tanto para este libro como para la vida. Después vienen mis

hijos, John y Moira, que con su habitual desenvoltura me han sabido señalar los pasajes más incomprensibles.

El resto de amigos, tanto budistas como cristianos, que han hecho lo posible por ayudarme a mantenerme lúcido y preciso son los siguientes: Michael Atkinson (profesor titulado de *Dharma*, que tiene tanto aprecio como paciencia con respecto a sus amigos cristianos), Richard Bollman S. J. (mi antiguo sacerdote de la parroquia Belarmino, que predica sermones budistas de forma anónima), Joseph Bracken S. J. (viejo colega, amigo y crítico del Departamento de Teología de la Xavier University), Dave Callan (amigo y excompañero de sacerdocio, que sigue luchando con el catolicismo), Rick Certik (mi primo y compañero cristiano budista que ha pasado casi treinta años como sacerdote en Japón), Ruth Holtel (activista por la paz, comprensiblemente impaciente con su Iglesia católica), David Loy (amigo, erudito budista internacionalmente reconocido y actual titular de la cátedra de Ética/Religión/Sociedad en la Xavier University) y Michael Holleran (antiguo monje cartujo, párroco en Nueva York, maestro zen cualificado y amigo reciente). Extiendo a todos estos amigos mi gratitud por su ayuda y mis disculpas por no haber usado siempre esta ayuda de acuerdo con sus deseos.

Además, expreso mi especial agradecimiento a Nancy King, que puso a mi disposición y a la de Cathy su hermosa casa en el paraíso escondido de Muriwai Beach en Nueva Zelanda. Ahí me tomé el año sabático que necesitaba para reflexionar, sentir e imaginar y, de esta manera, lograr lo que para muchos es la etapa más difícil en un proyecto de escritura: empezar.

Mi último agradecimiento es totalmente inesperado. Nunca imaginé que iba a ser capaz de hacerlo. Cuando

llegué a Nueva Zelanda, en enero del 2006, yo estaba felizmente jubilado y me imaginaba que mi vida seguiría su relajado rumbo. Cuando Cathy y yo dejamos Nueva Zelanda en mayo del 2006 estaba aturdido y a la vez emocionado: ¡había aceptado la cátedra Paul Tillich de Teología, Religiones del Mundo y Cultura en el Union Theological Seminary! Durante mi segundo semestre allí, en un curso titulado «Doble pertenencia: cristiana y budista», decidí poner a prueba el primer borrador de este libro con los brillantes, curiosos y tajantes alumnos del Union Theological Seminary. ¡Y lo provechoso que resultó ser! Estoy profundamente satisfecho por la cortesía y la agudeza con las que los estudiantes me hicieron saber cómo creían que este libro podría ayudar o dificultar tanto su recorrido espiritual como sus futuros ministerios. Me sentí algo agraviado aunque fundamentalmente reafirmado. Creo que el borrador final es mejor gracias a ellos.

Entre aquellos estudiantes del Unión, estoy particularmente agradecido a mi doctorando Kyeongil Jung. Ha sido un trabajador tenaz y meticuloso en la recopilación de fuentes, en la corrección y en la verificación de datos, así como un joven compañero estimulante en el camino del diálogo y de la liberación, y estoy seguro de que llevará adelante esta tarea después de que nosotros, los veteranos, nos hayamos retirado. Me ha brindado ayuda y esperanza.

Si los lectores de este libro llegan a experimentar alguna de las bendiciones que yo recibí al escribirlo, seré un autor muy feliz.

PAUL F. KNITTER

Muriwai Beach, Nueva Zelanda, donde empecé a escribir este libro
Union Theological Seminary, Nueva York, donde lo concluí